
INTERROGANTES SOBRE EL FUTURO

En estas memorias que ya están finalizando, todo es recordar, repasar acontecimientos que se han vivido, alguna que otra opinión de «un hombre cualquiera» sobre algún hecho importante y, en definitiva, permanecer envuelto por el pasado sin un intento pretencioso de vislumbrar el futuro. Y, sin embargo, el futuro me interesa tanto... Es tanto lo que aquí dejo, que resulta absurdo y hasta de un egoísmo repugnante ocuparme de lo que pasó, de lo que fue mío, de las condiciones de mi vida y no hacer siquiera un esfuerzo por conseguir un esquema de lo que será el país en el que con toda probabilidad tendrán que vivir mis hijos y los hijos de mis hijos.

No diré que España será lo que quieran que sea los españoles. Las perogrulladas, cuando son tan perogrulladas, no me atraen; sobre todo cuando como, en este caso, la afirmación está llena de falsedad en un mundo con tantas interdependencias. Tampoco voy a entonar un canto a la admiración y esperanza que merecen nuestra juventud. Como quiero ser rabiosamente sincero, y aunque sé que mi actitud no es ni bonita ni popular, yo diría que la juventud en ciertos aspectos sólo me inspira envidia: no envidia por su manera de ser ni por su manera de pensar, sino simplemente por su juventud.

Si somos un poco lógicos parece que estamos obligados a decir que el porvenir de España está vinculado al porvenir de Europa. Que esto sea por fortuna, o por desgracia, no me atrevería a decirlo; pero lo que importa es que no se vislumbra otra solución y a ella debemos atenernos.

Ya estamos vinculados a Europa; bien, pero ¿Qué será de Europa? ¿Seguirá Europa rodando por la pendiente, sin moral, sin autoridad y sin ideales? ¿Ofrecerá nuevamente la vergonzosa debilidad que representó la obligada adulación a los pueblos árabes, cuando éstos con el em-

bargo del petróleo cometieron uno de los mayores desafueros que se recuerdan en las relaciones internacionales de la época moderna? Dicen los progresistas, es decir, estamos diciendo los progresistas: la tierra debe ser para el que la trabaja. Pues bien, ¿de quién era el petróleo? ¿De los árabes? ¿Qué trabajo aportaron los árabes para la acumulación de tanta riqueza? Los árabes pusieron sus desiertos y técnicos extranjeros con capital extranjero, buscaron el petróleo, lo extrajeron, lo comercializaron, lo dieron el valor de sus aplicaciones, efectuaron todas las transformaciones necesarias para usos diferentes, incluyendo los plásticos; en pocas palabras, conectaron el fondo de los arenales con la potente y variada industria que los países desarrollados supieron crear con su trabajo y su inteligencia. Pero la debilidad se ha apoderado de Europa porque el mundo occidental, falto de piloto, marcha hacia la deriva. ¿Quién manda en el mundo?, se preguntaba Ortega y Gasset, y yo a esta pregunta me atrevo a responder: «por lo que al mundo occidental se refiere, nadie». El mundo tiene que estar jerarquizado, como tiene que estarlo cualquier sociedad que se estime en algo; pero desgraciadamente no lo está porque quien podía mandar, con sus arrancadas de potro jerezano y paradas de burro manchego; con sus dudas, sus vacilaciones y sus inconsecuencias, no sólo no manda, sino que no es ni respetado. Naturalmente, me estoy refiriendo a los Estados Unidos, que tienen en sus manos un colosal potencial industrial, económico y militar; pero que al mismo tiempo, por exclusión y como consecuencia de cuanto poseen, tienen o necesitan tener y manejar un enorme poder político. Y esto es lo triste; por ahora, un gran poder político en manos de los americanos significa tanto como colocar un juguete complicado, sofisticado y peligroso en las manos de un niño inocente.

América tenía que dirigir y no dirige; ¿pero le ayudan los pueblos europeos que le deben su independiencia y en cierto modo hasta su prosperidad? ¿No estamos obligados a reconocer el desencanto del pueblo americano ante la actitud vacilante y ambigua de las naciones de su bloque, empezando por la puñalada que le asestó el general De Gaulle, acaso recordando que en su tierra per-

manecen sepultados miles de muchachos americanos que por dos veces murieron por liberar Francia? Es indudable que, despreciando todos los sentimientos de gratitud, De Gaulle quiso constituir una Francia fuerte como núcleo aglutinador de una Europa independiente. ¿Pero lo consiguió? ¿Hay tiempo para conseguirlo? De ninguna manera, y menos con un grupo de pueblos decadentes, sin fe, sin moral, y devorados por la indisciplina, la vida muelle y erótica y un enorme escepticismo.

Dije que a mi entender el destino de España depende del de Europa, pero estoy convencido que Europa no será nada, es más dejará de ser, sin la sombra de América. Todo, pues, parece depender de América. En este caso el lector ingenuo podría formular esta pregunta: si usted cree que todo o casi todo va a depender de América, ¿por qué cifra el porvenir de España en su vinculación a Europa? ¿Por qué, directamente, no nos vinculamos a América? La respuesta no puede ser más simple: si llegara el triste caso de que América se desentendiera de Europa, España no representaría nada para los americanos. Sólo a través de Europa puede interesar España a los Estados Unidos.

Yo tengo muchas esperanzas puestas en América. Ha padecido cataclismos económicos y ha resurgido; llegó en su postura aislacionista a no querer formar parte de la Sociedad de Naciones que fue el sueño de su presidente Wilson y otra vez y con más fuerza intervino en los problemas del viejo continente. Es cierto que ha sufrido heridas y desengaños. Cuando sus jóvenes lucharon en Corea, y sobre todo en Vietnam, en defensa de unos ideales que son los de Occidente, de todos, incluyendo a sus aliados, sólo recibió las más duras críticas que fueron minando su moral interior.

Cuando la aguda crisis del petróleo, el sondeo de posturas enérgicas por parte de los Estados Unidos mereció de sus aliados la más fuerte repulsa.

Hay que esperar que esa nación americana que hasta ahora no ha sabido mandar cuente un día con un presidente y unos órganos legislativos que sepa galvanizar el país poniendo en pie y en marcha sus enormes valores humanos. Y Europa ¿puede continuar ciega creyendo

que tiene años por delante para constituir una entidad respetada y respetable frente a la presión de los países del Este sin su franca vinculación a América? No puedo creerlo. Los pueblos recorren ciclos con sus baches y sus crestas, y un día esa Europa de ideas sanas y costumbres enfermas sacudirá todo el lastre que le ciega y le descompone para recobrar el digno papel que desde hace muchos años la historia le tiene reservado.

Yo no es que crea, como Ortega y Gasset, que la idea de regímenes liberales es irreversible, porque nada hay irreversible en este mundo; pero vuelvo a la tesis desarrollada en otras páginas: ¿es que un régimen liberal y democrático con gran contenido social no puede mantenerse con orden, y sin esa degradación de la moral y de las costumbres capaz de socavarlo todo y llegar a destruirlo? ¿Sólo nos va a quedar la solución totalitaria admisible en cortos períodos de emergencia? No lo creo y espero que así no será.

Me he referido varias veces a la para mí desmoralización del mundo occidental, y creo que es hora de aventurar y analizar cómo se ha llegado a una situación tan inquietante.

Los avances conseguidos en el campo científico y técnico en los últimos cuarenta años han sido de una magnitud que la vida social de los países desarrollados ha cambiado de tal modo en su estructura, que las facilidades y posibilidades han desbordado todo lo previsible, creando un ambiente, unas costumbres y una nueva manera de ser no sostenidas ni apuntaladas por unas fuerzas espirituales de ordenada magnitud. Las fuerzas espirituales no sólo no han evolucionado al compás del mundo de la técnica sino que este mundo, que podríamos llamar nuevo, las ha borrado por completo. La energía nuclear, los medios de transporte y de comunicaciones, las maravillas de la electrónica, el gigantesco desarrollo de los bienes de consumo han ido dando a nuestras jóvenes generaciones una idea de facilidad y de comodidad que podría expresarse así: puesto que todo es posible, acaso todo está permitido. A mi modesto entender, en ese «todo está permitido», consecuencia más o menos inconsciente del mundo de las facilidades, está toda la clave del pro-

blema. Las barreras más o menos artificiales, justificadas o no, más o menos discutibles, pero barreras que la experiencia fueron levantando y que sirvieron para desarrollar una vida digna en que una serie de principios alcanzan la categoría de respetables y hasta de inabordables, fueron cayendo unas tras otras hasta quedar pulverizadas.

Junto al «todo está permitido» nace el «qué más da», supremo signo de despreocupación e indisciplina que produce esa pléyade de jóvenes de ambos sexos que con un jersey tipo desaliñado y ostensible desprecio por el peine parecen desafiar a un mundo que ellos imaginan hostil, encontrándose cada vez más con la triste sorpresa de que no pueden ni marcar su hostilidad porque ese mundo se va pareciendo más a ellos. Ese «qué más da» y «todo está permitido» ha ido adueñándose de casi todas las generaciones y de todos los estamentos de la sociedad. ¿Qué pueden hacer pueblos como éstos de vida muelle e indisciplinada ante países en que el orden y la disciplina lo organiza todo y lo canaliza todo hacia unos fines previamente establecidos?

Yo noto una cierta similitud entre esta época en la que indudablemente los frutos de la técnica no han sido digeridos, con el desconcierto y el cambio de vida y costumbres que en algunos países se produjo con el Renacimiento y la aparición del Humanismo como su expresión ideológica y literaria. Y pasó el Renacimiento como pasará esta época, y los gobiernos tendrán que revestirse de la necesaria y férrea autoridad para, sin menoscabo de los principios liberales y democráticos, imponer un orden, asegurar una moral y desarrollar un sentido de disciplina sin los cuales sería imposible hacer frente al enemigo que acecha. ¿Cuándo ocurrirá esto? Dejaré la respuesta para los que sean o presuman de ser perfectos.

Y mientras tanto, en España seguiremos jugando al equívoco, hablando de la España oficial y la España real. Si verdaderamente esta división correspondiera literalmente a las palabras, nuestro problema sería muy sencillo: más tarde o más pronto, seguramente más pronto, todos podríamos gozar de nuestra magnífica realidad.

Pero, desgraciadamente, las cosas no son así; la España oficial es tan real como la otra, nuestra España continua y seguirá dividida en dos realidades cuyas magnitudes relativas variarán con el tiempo y las circunstancias. Con frecuencia, cada una de las verdaderas realidades españolas ha abarcado dramáticamente a la mitad de los españoles.

Seguiremos jugando a la inconsecuencia. Y así por un lado se admitirán todos los ideales políticos salvo el comunista y al mismo tiempo hombres muy representativos del régimen proclamarán con voz estentórea y coreada por aplausos que en los mandos sindicales se aceptarán a todos «vengan de donde vengan». Y da la casualidad de que a los sindicatos españoles se les considera la base del régimen y recientemente se han rasgado las vestiduras algunos ortodoxos, ante el peligro de que disminuya la participación política de esos sindicatos. ¿Es que el «vengan de donde vengan» puede excluir a los comunistas? ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo? Y seguiremos llamando a las puertas del Mercado Común donde al parecer existen algunos países que nos vetan. Entre éstos creo que figura Dinamarca, acaso por su orgullosa posición de primera nación productora de películas eróticas. No se envanezca tanto Dinamarca, no sea tan soberbia, que muy pronto, Dios mediante, nosotros produciremos películas tan eróticas como las suyas.

Hasta ahora observo que sólo hablo de mi actividad en Standard y sin hacer mención a otras inquietudes, como las que me llevaron a ser, creo que durante once años, presidente de la Asociación de Ingenieros de Telecomunicación, miembro de la directiva del Instituto de Ingenieros Civiles de España, presidente de esta corporación y, como tal, procurador en Cortes.

Cumpliendo mi destino, una vez más fui empujado sin intervención alguna por mi parte. Recuerdo que me presenté en el comedor de un céntrico hotel, donde, después de la elección de la Directiva, se celebraba siempre la comida de compañeros. Yo acudí a la reunión como un simple comensal, sin idea alguna de lo que había ocurrido en la Asamblea a la que no asistí, y me sorprendieron las felicitaciones que me prodigaban por haber sido elegido presidente.

Parece a simple vista muy bonito, que lo elijan a uno sin saber nada y sin haber «enredado» un poco para conseguirlo. Yo, tanto en los puestos que llevan aparejado algún honor, y desde luego en lo referente a las condecoraciones, he criticado y tachado de falta de elegancia a los que luchan y se afanan por conseguirlo. ¡Qué falta de amor propio!; ¡ir mendigando, o poco menos, una condecoración o un puesto relevante! A medida que el tiempo pasa voy creyendo en mi frustración, en mi carencia del «yo»; que los que actúan como yo acostumbro son unos fracasados, que no saborean el fruto de sus trabajos y desvelos para alcanzar los honores. ¿Qué satisfacción puedo encontrar con la concesión de un honor que me llega por sorpresa?

Recuerdo que, el que fue mi amigo, José de Lequerica, ex ministro y ex embajador, cuando lo nombraron académico de Ciencias Morales y Políticas, me invitó a su recepción y como es lógico, al final del acto le felicité efusivamente. Pues bien, aquel hombre, todo feliz y al-

borozado, me dijo con la mayor franqueza: «No crea usted que me han nombrado por mi "cara bonita", que buenas visitas me ha costado, comprometiendo a unos, buscando recomendaciones con otros... en fin, un verdadero calvario hasta conseguir el nombramiento». Por eso Lequerica era feliz, porque venciendo competidores y dificultades, presionando aquí, pidiendo allí, había conseguido lo que ansiaba. Por lo visto era la técnica que seguía. Cuando haciéndome eco de algunos rumores yo le decía: «Parece, Lequerica, que va a ser usted de nuevo ministro...». «No será por falta de ganas, ni porque en cada momento no intente aprovechar todas las circunstancias para conseguirlo», era su respuesta.

Muchas veces creo o que estoy poseído de una soberbia estúpida, o que, no perteneciendo a la casta de los vencedores, por veleidades de la fortuna, por ironías del destino, estoy condenado a no gozar de los honores y privilegios que he recibido, porque no realicé ningún esfuerzo por alcanzarlos.

Conseguí que la asociación de ingenieros de telecomunicación formase parte del Instituto de Ingenieros Civiles, cuyas asociaciones integrantes siempre se resistían a incorporar otras nuevas. Al formar parte de la directiva del Instituto, todas las semanas celebrábamos una sesión, que en mis tiempos resultaba sumamente agradable; yo diría que aquellas reuniones del Instituto han sido las más simpáticas de todas en las que he tomado parte. Sin ningún protocolo y sin ningún partidismo, discutíamos todos los temas de tal modo que difícilmente, un observador extraño hubiera podido identificar la especialidad que cada uno representábamos. Eramos todos ingenieros y al entrar en el Instituto olvidábamos nuestra procedencia.

Siendo de la directiva y siendo presidente, tuvimos que enfrentarnos con la reforma de la enseñanza técnica y la campaña que se desencadenó contra las pruebas de ingreso en nuestras respectivas escuelas, y en realidad contra la ingeniería. Esta campaña orquestada por ciertos órganos de prensa, estaba apoyada y estimulada más o menos en la sombra por algunos universitarios. Estos parecían no perdonarnos la tranquilidad y la se-

riedad con que se desarrollaban las enseñanzas en las escuelas de ingenieros en contraste con el clima de in disciplina que cada vez empezaba a ser más frecuente en las facultades. Por otra parte, con el lanzamiento industrial español, los ingenieros eran cada vez más solicitados y mejor pagados. En la sociedad española, el ingeniero había sido una figura simpática, que protagonizaba, en la novelesca galdosiana el personaje inteligente, honesto y casi sabio que, recluso en su actividad despreciaba las frivolidades de la vida. Era casi un sabio porque «sabía matemáticas» y era simpático y admirado porque económicamente era modesto. Ahora se les pagaba cada vez mejor, las muchachas los preferían, algunos ganaban hasta mucho, a otros se les suponía un dinero que acaso no tenían..., ¡qué más para envidiarlos!

Se decía que en las escuelas se había establecido el sistema de «*numerus clausus*», lo que siempre fue incierto, que nos creíamos una aristocracia... Lo que era cierto es que se realizaba una gran selección, acaso muy dura, quizá perfectible, pero todos los alumnos de nuestras escuelas cuando ingresaban, sólo pensaban en estudiar y demostraban estar perfectamente dotados y preparados para seguir sus estudios.

Se decía que había que acabar con las academias preparatorias. Yo no digo que no estuvieran, como es lógico, animadas de espíritu mercantil, pero la verdad es que en general, habría que haberles levantado una estatua. Que se eche una mirada a lo que son hoy universidades y escuelas: desorden, indisciplina y, en muchos casos, pérdida total de tiempo y del dinero de los españoles. Ahora se habla del gran peligro de la masificación y de que son necesarios exámenes selectivos. ¿Quiénes tenían la razón?

Con uno de los diarios madrileños tuve que sostener una polémica como presidente del Instituto ante los injustos ataques que sufría la ingeniería española.

Celebramos una comida en el Palace con asistencia de cenenaes de ingenieros de todas las especialidades. A los postres pronuncié un discurso que creo fue el de más éxito entre los muchísimos que he tenido que pronunciar.

¿Que somos una aristocracia? Pues sí, recuerdo que

dije, somos, queremos ser una aristocracia abierta, una minoría selecta junto a todos los ilustres universitarios españoles, que no son masa, pues desgraciados de los pueblos y de las épocas que no cuentan o no han contado con una minoría selecta que les sirva de ejemplo y de guía.

Mucho me costaba dedicar tiempo a estas actividades, pues las responsabilidades y el trabajo de un alto ejecutivo de empresa son cada vez más duros. No se ha reconocido creo sinceramente, la vida de sacrificio del ejecutivo, no se han valorado ni sus desvelos, ni su entrega, ni la extraordinaria importancia que en la vida social y económica del país tienen los puestos a que me refiero. Sólo se suelen ver en el ejecutivo su posición económica, de la que prácticamente no puede disfrutar; sus signos externos... Es curioso contemplar las diferentes reacciones del pueblo ante esos signos, según los ostente su director general, o su torero, futbolista, boxeador o cantante preferido. En el coche o la casa de su director general ve siempre una injusticia, casi un insulto. En los coches, casas, fincas y, en general, modos de vida de su torero, su futbolista o su cantante ven un motivo de orgullo y los enfrentan con afán competitivo a los que poseen los preferidos de los demás. Un obrero discute orgullosamente aseguando, con entusiasmo, que su torero tiene más millones y gana mucho más que los otros toreros. «¡Vaya coche que tiene!», dice con admiración. La exclamación, si se refiere al de su director general, será siempre con tono hiriente: «Miren, miren qué coche tiene el tío...».

¿Y qué decir de la idea que la mayoría de los clientes tienen de las empresas? Organismos oficiales, regidos por ingenieros, creen firmemente que los productos industriales no tienen prácticamente coste y que los precios incluyen siempre beneficios extraordinarios. A veces, por problemas de prestigio, acudíamos a concursos, con precios que no incluían beneficio alguno; esto es, exactamente al coste. Cuando al efectuar la entrega de los equipos contratados y solicitar el cliente una mejora adicional se les informaba de la imposibilidad de satisfacerle porque el precio no incluía ningún beneficio, nos miraban con

sonrisa de suficiencia: «¡Como si no supiéramos lo que son las empresas!». Y esta reclamación reflejaba la convicción indestructible del gran negocio que habíamos hecho. Para muchos clientes, las empresas son sacos sin fondo, pasando por alto la lista de industrias que, en todas partes del mundo, han llegado a verdaderos desastres económicos que han obligado a su cierre definitivo.

Otro aspecto que parecen desconocer los departamentos técnicos de los clientes es el trabajo de ingeniería que requieren las alteraciones de diseños de equipos previamente aceptados o cambio en los detalles de una instalación. La información que hay que facilitar a una fábrica de grandes dimensiones y producción racionalizada, y mucho menos el reflejo que en el plazo de entrega final tiene cualquier modificación al parecer de poca importancia, no los vi nunca comprendidos por ingenieros inteligentes de la Administración española.

Otro aspecto de gran impacto en las industrias españolas, que por fortuna parece que se va superando, es el complejo de inferioridad nacional que padecemos como pueblo alguno, y que en mis tiempos se reflejaba en una preferencia por todo lo extranjero hasta límites inconcebibles, y en escuchar con verdadera admiración y arrobamiento la opinión que sobre un determinado problema emitía, con aire de suficiencia, cualquier técnico francés, inglés o alemán o de cualquier nacionalidad que no fuera la nuestra.

De esta vida de ejecutivo constituían un sedante mis hijos y mis primeros nietos. Pasear o estar un rato con mi primer nieto constituía para mí un respiro incomparable; lo olvidaba todo. ¿Saben ustedes lo que representaba para mí escucharle con su media lengua cuando le enseñé la estatua de Colón y le dije que descubrió América? «¡Oh, está ahí para que se *saba!*» ¡Dios mío! No debo quejarme; frases como ésas, momentos como ésos, me compensaban de todas las preocupaciones y de todos mis trabajos.

Tenía un pesar, una preocupación, mi hijo mayor, por sus grandes facultades, iba también para ejecutivo, y yo lo digo sinceramente, seguía su carrera con orgullo, pero con tristeza. Me alegraba de que mis otros dos hijos

hubieran seguido carreras diferentes, y mi afán de haber desarrollado en el mayor espíritu de número uno pesaba y pesa sobre mí como un remordimiento.

Observarán que, poco a poco, voy desbordando el marco de la pretendida justificación de mis Memorias y, por tanto, debo ir terminando...; pero antes contaré que fui nombrado presidente de Standard. Esta vez, las circunstancias, que todo lo han jugado en mi vida, fueron bastante desagradables. En mi despacho, mientras trabajaba, sufrí un infarto de miocardio y, acompañado por el médico, tuve que marchar a casa, donde permanecí en cama durante siete meses. Los señores de la ITT debieron pensar que algo debían hacer por mí. No les pareció bien enviarme una corona anticipada y... ¡me nombraron presidente!

Desde hacía años era presidente de CITESA, sociedad fundada por mí y que me permitió la satisfacción de ofrecer a Málaga su primera industria importante, con la instalación en ella de una magnífica y bella fábrica de aparatos telefónicos.

Muy poco después de reincorporarme a mi trabajo pudimos inaugurar en Villaverde la magnífica fábrica de sistemas de telefonía automática Pentaconta, que permitió a la Compañía Telefónica Nacional de España disponer de los equipos necesarios para la automatización de nuestras comunicaciones interurbanas. ¡Cuánta colaboración recibí de don Pedro, Cuscó, Riaza, Regatero y tantos otros ingenieros que, con su entusiasmo y su inteligencia, hicieron posible el magnífico espectáculo de técnica depurada y de acusada belleza que pudimos ofrecer a Su Excelencia el Generalísimo Franco, que nos honró inaugurando nuestro nuevo centro industrial!

Con el sistema Petaconta iba a ir desapareciendo nuestro clásico Rotary, que tanto protagonizaron Labrador, Casanovas, Pardito, el desaparecido Cabrera y Luis del Caso, y que realmente llenó casi toda nuestra vida profesional.

Al marcharse el Caudillo, que recorrió nuestras instalaciones con el mayor interés, todos los productores, puestos en pie, me dedicaron una unánime y clamorosa

ovación. Fue un momento emocionante que marcó, siquiera durante unos minutos, una comunión espiritual entre Dirección y productores.

Me concedieron la Gran Cruz del Mérito Civil; definitivamente... debo acabar mis Memorias.

Enero y agosto de 1975.

INDICE

| | <i>Página</i> |
|--|---------------|
| A manera de justificación | 9 |
| El ambiente | 11 |
| Empleo a individualizarme | 17 |
| La iglesia y la fábrica de azúcar | 23 |
| Unas elecciones | 29 |
| Empleo el Bachillerato y empieza la guerra europea ... | 35 |
| Telegrafista | 61 |
| El desastre de Annual | 91 |
| Jefe de Telégrafos en mi pueblo | 97 |
| Dictadura de Primo de Rivera | 105 |
| Camino de la ingeniería | 113 |
| La fonda de Recoletos | 121 |
| Vacaciones... Novia en Madrid | 127 |
| La fonda de Relatores | 131 |
| Mi vida con los compañeros | 139 |
| Emplea mi vida de ingeniero | 147 |
| República | 167 |
| Marchamos a Francia | 201 |
| Los franceses y nosotros | 221 |
| Volvemos a España | 225 |
| Otra vez en Madrid y... guerra mundial | 233 |
| Mis veraneos y... subdirector general | 253 |
| Director general y máximo ejecutivo | 285 |
| El mundo discutido de la ITT | 299 |
| Interrogante sobre el futuro | 307 |
| Otras actividades y presidente | 313 |

El colorido costumbrista y humano que palpita en
todas las páginas de este libro
está salpicado de numerosas anécdotas que
configuran el ambiente y fisonomía
de nuestro país durante épocas tan señaladas como:
Guerra de 1914; Desastre
de Annual; Dictadura de Primo de Rivera;
advenimiento de la República; Guerra
Civil Española, cuyos antecedentes y consecuencias
se enjuician con indiscutible
objetividad, y Segunda Guerra Mundial.
Tienen interés especial las conversaciones del autor
con Largo Caballero, Fernando
de los Ríos, Giner de los Ríos, Rivas Cherif,
otros personajes de la
política española... y un curioso encuentro con
José María Pemán.
El autor, que nació en 1904, en Torrox (Málaga),
describe su vida relacionándola
con todas las circunstancias y acontecimientos que
la jalonan, desde su escuela
primaria y pueblerina hasta alcanzar la presidencia
de las grandes compañías Standard
Eléctrica y CITESA,
de la que fue fundador, y ostentar durante
once años la presidencia de la Asociación
de Ingenieros de Telecomunicación,
ser nombrado presidente del Instituto de Ingenieros
Civiles de España y, consecuentemente,
Procurador en Cortes.
Se da una visión anecdótica del trabajo en Telégrafos
de la Málaga de los años 20
y de la vida y vicisitudes de Standard Eléctrica
desde sus tiempos fundacionales
con un capítulo especialmente dedicado al
discutido mundo de la ITT.
Se analizan, finalmente, las características de la
sociedad española en 1975
y se formulan los interrogantes y posibilidades de
nuestro futuro.